

EN TUS OJOS NACE SU MEMORIA

novela ilustrada

EN TUS OJOS NACE SU MEMORIA

CARLOS SANRUNE





La editorial **Amistades Particulares** toma su nombre de la novela *Les Amitiés Particulères*, de Roger Peyrefitte (1907-2000), publicada en 1944 por Éditions Jean Vigneau.

Primera edición: Octubre de 2014

© del texto y de las ilustraciones: Carlos Sanrune, 2014

www.carlossanrune.com

© de esta edición: Asociación Cultural Amistades Particulares, 2014

www.amistadesparticulares.com

Ilustración portada: Carlos Sanrune.

Diseño y maquetación: Amistades Particulares

Impresión: Createspace

ISBN: 978-84-943115-0-5

Depósito Legal: M-27682-2014

Impreso en los Estados Unidos de América- Printed in the USA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*Está y no estuvo, pero estuvo y calla.
El frío quema y en tus ojos nace
su memoria. Recordar es obsceno,
peor: es triste. Olvidar es morir.*

Vicente Aleixandre

*No tengo ataduras. Me liberé de todo,
y fui en la noche luminosa
a por placeres que eran en parte reales,
en parte imaginados por mi espíritu.
Y bebí el vino fuerte
que reservan para su placer los bravos.*

Constantino Kavafis

*¿Comprendes ahora cómo nosotros, los poetas, no
podemos ser ni sabios ni dignos? ¿Comprendes que
necesariamente hemos de extraviarnos, que hemos de
ser necesariamente concupiscentes y aventureros de los
sentidos?*

Thomas Mann
La muerte en Venecia

Durante mi infancia más temprana, en una época en la que las muertes prematuras eran algo dolorosamente cotidiano, en mi familia temieron que no alcanzase la edad adulta, tal era la fragilidad que mostraba en aquellos primeros años. Aun no cumpliéndose sus temores, aquella niñez de salud quebradiza hizo de mí un joven, primero, y un adulto, después, de apariencia siempre débil y enfermiza, aunque dotado de una extraña belleza.

Crecí, por ello, entre temores y cuidados, convertido en centro permanente de la atención familiar, sin que nadie en mi entorno pudiese siquiera imaginar que aquel niño debilucho alcanzaría esta proveya edad, tras sobrevivir, no sin mácula, a alguno de los acontecimientos más dramáticos del convulso siglo XX.

Así pues, el niño y el joven que fui sobrevivieron contraviniendo todas las previsiones que sobre su escaso futuro se formularon. Llegó, incluso, hasta la vejez; y entonces fue cuando comprobó que solo le quedaba mirar hacia atrás para sentirse vivo, rememorando una y otra vez lo que había sido, intentando ignorar la degradación física que le hace arrastrar un cuerpo agostado y dolorido, en nada similar a aquel otro que antaño lo cobijó; un cuerpo degradado, del que rehúye el reflejo en el espejo, cuya transformación física le resulta del todo incomprensible, antinatural, como fruto de una engañifa, de un equívoco o de una pesadilla de la que ansía impotentemente despertar.

A esta alturas soy, pues, un anciano solitario, ahora sí frágil y achacoso, al que solo resta el escaso consuelo del recuerdo de la juventud esfumada, de aquel cuerpo adolescente que a pesar de su aparente fragilidad era deseado por muchos ojos anhelantes; de las noches en

las que el alba lo encontraba ahído de deleite; de aquellos muchachos de geometrías sinuosas y perfectas que compartían sus abrazos; de sus labios entreabiertos predispuestos al goce momentáneo; y del tacto – sobre todo el tacto- de aquellos cuerpos palpitantes.

Al igual que el poeta, me cruzo a diario con jóvenes a los que estoy seguro de haber amado hace tanto tiempo que ellos entonces ni siquiera habían nacido. Aunque soy consciente de tal imposibilidad, juraría que en algunos muchachos reconozco cada uno de sus gestos y bajo sus ropas veo otra vez desnudos los cuerpos dorados, juveniles, amados tanto tiempo atrás. Se dan, también, ocasiones en las que este sentimiento lo percibo invertido, como reflejado en un espejo. En tales circunstancias, dominado por una extraña sensación de limitada ubicuidad, me veo a mí mismo en otra época más luminosa, en momentos en los que sentía sobre mi piel una mirada acariciadora idéntica a esta con la que yo admiro a algún muchacho. Compruebo entonces, perplejo, que mis ojos observan con la misma mirada húmeda que a mí dirigían en otra época, llegando a sentir lo que otros sentían cuando yo, consciente de mi juventud, de mi poder gratuito, posaba plácidamente mi cuerpo a las caricias visuales de aquellos hombres en los que un día desperté un deseo que no podían confesar.

En estas situaciones en las que me sorprende a mí mismo embelesado en la admiración de algún muchacho perfecto, viene siempre a mi mente, insistentemente durante los últimos tiempos –sobre todo tras el inesperado encuentro en la vieja Librería Picard-, la remembranza de aquel personaje enigmático y del singular verano en que coincidimos en la costa del Adriático. A pesar de que para otros acontecimientos más próximos en el tiempo mi memoria es pródiga en lagunas, de aquellos lejanos sucesos guardo una imagen nítida, perfecta, clara, extrañamente diáfana, como si todo hubiese acontecido hace escasas semanas.

No puedo precisar la fecha en la que ocurrieron, pero fue hace mucho, muchísimo tiempo; quizás cincuenta y cinco años atrás; con seguridad unos años antes de la Gran Guerra –esa terrible referencia la tengo muy clara, por lo que significó para parte de mi familia-, cuando yo tenía la increíble, la maravillosa edad de catorce o, quizás, quince años. Por aquel entonces, y desde la temprana edad de doce, una vez superados los principales temores de mi madre respecto de mi salud, estudiaba en un prestigioso internado de la hermosa ciudad de Zamosc reservado para vástagos de familias acomodadas, que resultaba ser la misma institución donde mi padre cursó sus estudios de juventud. En-

tre los muros sobrios y altísimos de aquella escuela de futuras élites con apariencia de convento pasaba casi todo el año, coaccionado por una férrea disciplina que no impidió el libre desarrollo de mis instintos poderosos. Únicamente podía escapar de aquellos muros en dos ocasiones, añoradas luego el resto del curso: durante el largo descanso veraniego y, también, en el más breve periodo coincidente con los fríos días de la Navidad. En ambas ocasiones me reunía con mi familia en Cracovia, lugar donde nací y donde residieron mis ancestros desde generaciones atrás. Mi padre, importante funcionario del gobierno y empresario –ambas actividades por aquel entonces eran compatibles, cuando no aconsejables en su simultaneidad-, había muerto unos años antes, en la plenitud de su vida, dejándonos a mi madre, a mis tres hermanas y a mí una relajada situación económica gracias a los negocios florecientes que en vida inició. Con mi progenitor ya ausente, las rentas de aquellos negocios, unido al buen hacer de nuestro administrador, nos permitían seguir disfrutando de la misma posición holgada que teníamos cuando él velaba por la familia.

Una vez que ya he mencionado a mi entorno familiar y ofrecido unas pinceladas sobre mí mismo -antes de continuar con mi relato y aun a riesgo de quebrar la secuencia-, debo dar a conocer algo de gran importancia, pues de no hacerlo los hechos que aquí narraré no resultarán convincentes. No es otra cosa que hacer constar que la Naturaleza me dotó de una extraña capacidad que en un principio entendí como un don, casi como una bendición, pero que ha terminado por transformarse, en estas alturas de mi ya larga vida, en una suerte de condena. Una cualidad para la que nunca encontré una denominación precisa, que fue la que hizo que despertase en mí, muy tempranamente y con inusitada intensidad, el instinto sexual. Cuando mis coetáneos se entretenían jugando a las canicas, al aro o a otros juegos inocentes, yo ya perseguía el goce que del sexo se obtiene. Esta innominada capacidad, que no se atemperó con el paso del tiempo en la misma proporción en que mi cuerpo declinaba, terminaría por tornarse –como he señalado- en una forma de castigo durante la vejez, pues la naturaleza me obliga a mantener vivo un cierto deseo sexual -aunque ahora ya el ardor solo se dé en mi intelecto-, al que mi cuerpo no puede responder. Aun así, a pesar de la zozobra en que ahora me hace vivir, fue en su momento percibido por mí como un don, como una gracia, que impulsó mi vida durante muchos, muchos años.

Este don y el ardor sexual que en mí provocaba, hacían que

resultase yo durante mi pubertad y adolescencia un ser paradójico, en el que se unía una precocidad inusitada a una constitución física poco desarrollada, inmadura, aniñada, de apariencia enfermiza y frágil como ya he mencionado. Aquel físico, aquella poquedad, convertía en algo aún más extraño el ardor que en él se camuflaba. Detrás de aquel muchachito candoroso, debilucho, de aire inocente, se agazapaba un ser de un gran apetito y pasión sexual, peculiaridad que había despertado en él casi a la vez que su humana conciencia; y que se empecina, ahora, por no fenecer del todo.

Comentado lo anterior, que ayudará a hacerse una idea más cabal sobre mí y posibilitará la comprensión de mi proceder, volvamos a retomar el hilo de los acontecimientos que aquí importan.

Principiaba junio cuando abandoné el colegio para dirigirme a la casa familiar de Cracovia. Había comenzado el buen tiempo casi de repente, tras muchos meses de frío intenso y húmedo, llenándome de juvenil satisfacción el comprobar cómo mi tiempo de asueto se vería acompañado por el clima idóneo desde el primer día de holganza estival.

Encontré a mi familia tal y como la había dejado unos meses antes, después de Navidad, sin que pareciese que el tiempo transcurría en aquella casa situada en una céntrica calle de la histórica ciudad, próxima a la Rynek Glówny, la popular plaza del mercado. Mi madre, mujer fría y de aire contenido, conservaba aún en aquella época una belleza natural y una elegancia que, yo suponía, le haría preguntarse cada noche por su futuro como mujer, pues no era ella, por su carácter, persona dispuesta a encerrarse en vida dedicada al cuidado de los hijos tras la muerte del esposo. Sobre esta cuestión el tiempo me daría la razón cuando, tiempo después de los sucesos aquí narrados, contrajo matrimonio en segundas nupcias con el que era nuestro administrador, lo que vino a confirmar lo acertado de mis observaciones infantiles.

Yo sentía por ella una gran admiración. Con aquella edad —ya no era un niño— aún me sorprendía a mí mismo admirando silenciosamente su belleza, su estilizada y alta figura, su discreta elegancia —esa que se manifiesta de forma sutil, sin estridencias, independientemente de los ropajes y que solo puede provenir de la cuna adecuada—, la suavidad de su voz y la sobriedad y contención de sus gestos, a pesar de manifestar una clara propensión a ir siempre algo recargada de joyas y alhajas valiosas —todas ellas regalo de mi difunto padre, quien nunca dejó de estar enamorado de aquella mujer—, de las que recuerdo con especial cariño

un collar larguísimo, hecho a base de grandes perlas nacaradas de suaves irisaciones.

El futuro de mis tres hermanas me parecía, entonces, bastante más incierto, dada la sobriedad de sus caracteres. Aunque entre la mayor y la más pequeña existía una diferencia de edad de seis años, no sé si por influencias familiares cada una de ellas parecía una copia exacta de las otras dos. No me refiero únicamente a sus apariencias físicas, lo que podría ser fruto de la uniformidad en el peinado y la sobriedad en la ropa con la que mi madre las arreglaba, sino al carácter y a su extraña facilidad para pasar desapercibidas allí donde se encontrasen. No sé si la sobriedad en las indumentarias modeló los caracteres o si estos imponían los gustos a la hora de elegir vestidos, pero el hecho fue que nunca después he vuelto a encontrar seres tan anodinos y silenciosos como mis tres hermanas en aquella época.

Aunque entonces no era consciente de ello, el tiempo me hizo ver que fue nuestra madre la responsable de aquel producto. Trató siempre de educarlas con una disciplina tan férrea, que difícilmente podría sobrevivirla alguna inquietud que espontáneamente pretendiese surgir en cualquiera de aquellos tres espíritus femeninos. Pero como contrapartida, todo lo que era frialdad y norma con ellas fue cariño y relajación conmigo. Era su único hijo varón y diríase que su único hijo amado; sentimiento tal vez producido por la angustia que le provocaba mi aparente debilidad física y aire enfermizo, o porque le recordaba a mi padre, pero el hecho era que allí donde había besos fríos para mis hermanas, para mí prodigaban los abrazos y las caricias sentidas. Todo fue así durante mucho tiempo, cuando yo era su Tadzio, su Tadzin, como le gustaba llamarme cariñosamente.

Acababa de instalarme en el hogar familiar cuando recibí, con alborozo, la noticia de que en un par de semanas saldríamos todos -Mademoiselle Lorrain, la institutriz francesa de mis hermanas, incluida- hacia Venecia. Mi madre, que nunca llegó a librarse del miedo a que mi salud se quebrase en cualquier momento, a pesar de que en los últimos años nunca había dado motivos de especial preocupación -lo que la había llevado a autorizar, no sin dolor, mi ingreso en el internado de Zamosc, tal y como le venía solicitando mi abuelo paterno-, seguramente buscando climas cálidos que me favoreciesen, había decidido que la familia pasase los meses de Junio y Julio lejos de las brumas casi perpetuas del norte europeo.

La idea de pasar el verano tomando los baños en un lugar tan

exótico, tan meridional como era para mí entonces aquella ciudad de nombre de tragedia shakesperiana, me llenó, tras la sorpresa inicial, de entusiasmo casi infantil, pues ya había asumido que los meses estivales transcurrirían, como tantos otros años, en algún balneario del desapacible y gélido Báltico. Ahora el sur se presentaba ante mí como algo más que un lugar de nombres sonoros en el mapa, brindándome la posibilidad de saborear un mundo nuevo, excitante, al que suponía inundado de luz y repleto de colores intensos, donde me rodearía de compañeros de juegos de piel color avellana y cabello endrino.

La imagen de aquel sur, cálido y hedonista, acompañó mis horas de ocio -rodeado de viejos mapas europeos donde seguía una y otra vez el largo recorrido a realizar en tren- durante las dos semanas que transcurrieron, monótona y lánguidamente, hasta que culminó la preparación del ansiado viaje. Un día soleado, sobre mediados de junio, comenzó nuestro peregrinar hacia el sur.

En tren recorrimos la distancia que separa Cracovia de Viena, ciudad en la que pasamos tres interminables días en casa de una de las hermanas de mi madre, a la sazón casada con el Primer Secretario de la Embajada alemana en la capital del Imperio Austrohúngaro. Transcurrido ese breve periodo temporal -solo largo para mi juvenil ansiedad- comprobé, con alivio, que mi madre no aceptó la invitación de mi tía para que permaneciésemos en la hermosa y dorada Viena más tiempo, de tal suerte que un nuevo, largo y pesado viaje en tren, nos condujo desde el corazón de Europa a las orillas del Adriático.

Mi madre, que ya conocía Venecia de un viaje muy anterior realizado en compañía de mi difunto padre, nos aseguró que si algún día regresaba por tercera vez, lo arreglaría para que su llegada fuese en barco, ya que entrar en la bella ciudad por ferrocarril -atravesando sus arrabales más miserables- era, según sus palabras, como entrar en un palacio por la puerta de servicio.

Aunque yo desconocía cómo era la entrada a Venecia por su hipotética puerta principal, pensé que difícilmente podría ganar en atractivo a aquella bulliciosa estación *termini*, repleta de gente cargada con todo tipo de bultos, caminando apresuradamente de un sitio a otro, con una autentica legión de pilluelos en sus inmediaciones que, de holganza, se abrazaban, reían y vociferaban. Los ojos negros y brillantes, vivísimos, de algunos de ellos, sus bocas rosadas de labios gruesos y sensuales, sus formas intuidas bajo la ropa raída y escasa -dejando adivinar a través de sus girones una piel aterciopelada color canela- fueron

para mí un verdadero descubrimiento, acostumbrado como estaba a las pieles mortecinas, a los susurros en lugar de voces y a la casi completa ausencia de gesticulación.

La travesía de la ciudad me produjo una vivísima impresión. Embarcados en un pequeño vapor sobre las aguas del Gran Canal, fue desfilando antes mis ojos expectantes la magnificencia de tanto palacio, de tanta bella construcción; hasta creo recordar que me produjo un sutil vértigo el pasar bajo los arcos majestuosos del Rialto. Pero aún me provocó un impacto mayor la contemplación de la Plaza de San Marcos, con su Catedral, sus columnas, el Palacio Ducal y el maravilloso capri-cho del Puente de los Suspiros. Desde aquel inigualable lugar partían los pequeños vaporcillos, llamados popularmente *vaporettos*, que unían la ciudad y la isla del Lido, en la que se ubicaba el hotel en el que mi madre había realizado con mucha antelación nuestra reserva, a orillas del mar.

En el embarcadero el bullicio era aún mayor que en la estación de ferrocarril, con multitud de personas que se abalanzaban gritando sobre los viajeros, ya fuese para ofrecer sus servicios en el transporte de los equipajes o proponiendo un alternativo traslado en góndola. La mayor de mis hermanas, no sé si por primera vez en su pubertad, cambió su cara inexpresiva para reflejar algo parecido al temor ante aquellos tres o cuatro hombres que, vociferantes en una lengua ininteligible, se disputaban nuestros baúles.

A mí, en lugar de amilanarme, me fascinó aquel ambiente ruidoso, aquellos seres de vivacidad tal que ante ellos mi frío pueblo parecía formado por seres carentes de sangre. Fue mi descubrimiento de las tierras y los hombres meridionales. La fascinación que sentí entonces ya no me abandonaría nunca, si bien, con el transcurrir de los años, se desplazó del sur de Europa a las tierras y las gentes realmente diferentes del norte de África.

En el alboroto, un par de hombres se impusieron al resto, consiguiendo hacer llegar nuestros equipajes a bordo del vaporcillo a cambio de un pequeño pago. Aunque al subir a la diminuta nave mi madre y la institutriz se alarmaron al contar el número de bultos de nuestro equipaje, esta preocupación desapareció pronto cuando comprobamos que el baúl que habían echado de menos, razón de su alarma, había sido depositado, descuidadamente, algo alejado de las demás maletas.

Tras una apacible y breve travesía llegamos al embarcadero de la isla, entre cuyas construcciones destacaba el bello y grandioso edificio del Grand Hôtel des Bains, de diseño inspirado en las construcciones

del Imperio Austrohúngaro –en un estilo que en Italia, extrañamente, llamaron *liberty-*, y que sería el lugar en el que residiríamos durante las siguientes semanas.

El hotel, de techos muy altos -repletos de artesanados y frescos coloridos-, de estancias espaciaosas y de lujo recargado, no parecía, de entrada, un lugar demasiado animado. Como sucedía antiguamente en aquellos caros y lujosos hoteles, el silencio constituía uno de sus elementos distintivos, motivo de orgullo de sus propietarios, que conseguían crear un ambiente de recogimiento tal, que los huéspedes se contagiaban de él y ayudaban, aun inconscientemente, a mantenerlo. No obstante vi pronto atravesar el vestíbulo, descorazonadoramente, a varias señoras de apariencias remilgadas e idiomas indescifrables, acompañadas por niños impúberes no precisamente silenciosos.

Aquella primera impresión, vagamente negativa, se volatizó cuando observé a un botones que, solícito, reagrupaba los equipajes para subirlos a las habitaciones a nosotros asignadas. Al verlo, difícilmente se diría que la imagen por mí fantaseada en la fría Polonia sobre el muchacho latino, bruñido por el sol, era desmedida. Se trataba de un jovencuelo moreno y sonriente, de nariz ancha, ojos negrísimos, labios gruesos e incitadores, de aire resuelto, que me pareció el joven más sensual y vital que había visto hasta entonces y al que me resultó difícil dejar de seguir con la mirada embelesada en sus rápidos movimientos.

Escoltados por el ágil y atractivo botones, cargado inicialmente con las maletas más leves, subimos hasta el segundo piso del edificio, donde estaban situadas las habitaciones en que pernoctaríamos durante las siguientes seis semanas. Ocupamos un total de cuatro cuartos, dado que mis hermanas dormirían juntas en la más espaciosa de las piezas.

El aposento a mí destinado -el más diminuto de los cuatro- era sencillo, aunque resultaba agradable, con el mobiliario imprescindible construido en madera de cerezo o algún material similar. Un gran jarrón lleno de flores olorosas, colocado sobre la mesilla de noche, y un inmenso armario ropero de vasta luna que cubría casi por completo una de las paredes, eran los elementos más destacados de la estancia. La ventana, alta, situada frente al espejo del armario, permitía al huésped disfrutar de la visión del mar abierto y de la playa concurrida. El cielo, ahora al asomarme a la ventana me daba cuenta por primera vez desde mi llegada, no era de aquel azul límpido que yo había imaginado, si no que estaba encapotado por una sucesión de nubes grisáceas que le daban más un aire de cielo nórdico que mediterráneo. No obstante,

hacía bastante calor y la gente –fundamentalmente los hombres, aunque también se apreciaban las siluetas de varias mujeres jóvenes y decididas- se bañaba en el mar, cuyas aguas tranquilas parecían copiar el color del cielo.

El tiempo no cambió en los días que siguieron a nuestra llegada. El cielo continuaba sin querer mostrar al sol y el mar era una somnolienta balsa de aguas algo turbias. Aun así, el ambiente a partir de cierta hora en la mañana se hacía muy caluroso, convirtiéndose en sofocante a media tarde. Debido a ello, a pesar de la ausencia del sol, la playa del hotel se llenaba diariamente de huéspedes de pieles lechosas deseosos de disfrutar de los refrescantes y saludables baños de mar.

El día de nuestra llegada mi madre decidió que debíamos descansar, accediendo únicamente a que vagásemos por los grandes salones del hotel y sus jardines. Luego, tras el refrigerio, se animó a que diésemos un pausado paseo por las proximidades de la playa, a suficiente distancia del agua como para que las mujeres de mi grupo pudiesen mantener su calzado de calle seco y libre de arena. Aquel primer paseo sirvió para que me hiciese una idea bastante cabal de cómo transcurrirían mis días en el Lido, pues supuse que no serían muy diferentes al de los muchachos de edades similares que, con seguridad alojados en el hotel o en el vecino Excelsior, se bañaban y jugaban en la arena enfundados en trajes de baño que dejaban al descubiertos su blancas extremidades; ropajes estos variopintos, normalmente de rayas, que al mojarse durante el baño tenían la peculiaridad de pegarse a los cuerpos de los chicos, mostrando así, con un cierto impudor, algunas de sus formas más íntimas.

Fue durante el segundo de nuestros días en la isla cuando mi madre nos permitió tomar los baños. Tras el desayuno descendimos en grupo hasta la arena, para ubicarnos en una amplia caseta de made-

ra pintada a listas azules y blancas. Junto a ella, un solícito y atractivo muchacho colocó una serie de butacas y tumbonas en las que las mayores tomaron asiento, parapetadas bajo un toldo claro. Tanto mi madre como la institutriz se tocaban con sendos sombreros blancos de alas muy anchas, embellecidos por varias cintas de seda del mismo color, de los que prendían amplios y finos velos que protegían sus rostros delicados de un sol que, aun negándose a comparecer, acabaría tintando sus pieles blancas con tonalidades más propias de campesinas, caso de cometer la imprudencia de no protegerse de sus efectos.

El ambiente playero me pareció subyugante. Allí, sobre la arena de la playa, se daban los juegos y carreras de los más jóvenes y el reposo indolente, el *dolce far niente* que decían los locales, de muchos de los adultos. También la conversación reposada o la lectura, junto al grito del joven que llama a sus amigos. Se mezclaba la elegancia de algunos adultos —sobre todo mujeres, aunque igualmente podían verse algunos hombres embutidos en trajes frescos de colores claros— con la desnudez parcial de todos los muchachos jóvenes, de un alto porcentaje de los hombres y de un discreto número de mujeres valientes. Algunos huéspedes paseaban por la orilla de la playa cubiertos por bonitos y elegantes albornoces blancos que lucían el anagrama del hotel bordado a la altura del corazón. De vez en cuando aparecían los vendedores locales de mercancías, que se acercaban a los grupos y sobre una manta extendían sus productos: mariscos cocidos, frutas, pasteles o refrescos a base de agua y zumos.

Aquella mañana inicial en la que por primera vez tocaba el agua de un mar meridional —fue una sorpresa agradabilísima comprobar la diferencia entre aquella temperatura y la que recordaba de las aguas del Báltico—, ya pude entablar relación con algunos otros jóvenes viajeros, alojados como nosotros en el hotel, gracias a esa bendita facilidad que la juventud posee para entablar relaciones espontáneas, sin prevenciones. Así, conocí a Sazdhu, un atractivo joven compatriota originario de Varsovia que, como en mi caso, pasaba con su familia los meses calurosos del verano en aquel lejano lugar, con el que pronto compartí juegos y carreras en la playa. Su origen judío le hacía diferenciarse étnicamente de la mayoría de los polacos, pues su tez era morena, sus ojos negros, su complexión fuerte y su nariz algo aguileña. Lucía una hermosa cabellera oscura, brillante y rizada, lo que le daba más aire de meridional que de centroeuropeo. No sabía, entonces, que con aquel joven llegaría a desarrollar, bastantes años después, una gran amistad al coinci-

dir nuevamente ambos en la Universidad estudiando Lenguas Clásicas. Aquella relación se vería potenciada por la complicidad que nos daba el hecho de compartir una importante peculiaridad, algo que, como veremos, descubrimos tempranamente en aquella estancia en Venecia. Aunque tras finalizar nuestros estudios dejaríamos de frecuentarnos, muchos años después recibí de un amigo común la dolorosa noticia de su muerte, junto a la mayor parte de su familia, en un famoso campo de concentración polaco, muy cercano a mi ciudad natal, a manos de los alemanes, en aquella vorágine de terror que recorrió Europa durante la Segunda Guerra mundial.

Pobre, desgraciado Szazdhu. Su recuerdo y la imagen del muchacho –para entonces ya adulto- arrastrándose, sucio, famélico, con un uniforme de rayas en el que se había visto obligado a coser una estrella de David y un triángulo invertido de color rosa -según aseguró quien me habló de su triste final, testigo ocular del mismo-, vuelve a traer a mi mente la idea repetitiva de la muerte. Más que una idea, una sensación omnipresente en este último periodo de mi vida. La evoco y la rechazo a diario, deseándola y temiéndola, pero sabiéndola próxima, muy próxima. No solo mi propia miseria física me la hace presente; también la vida pletórica que veo a mi alrededor, bullendo en torno a mí, pero ajena a mí, me la estampa contra el rostro macilento, marchito, recordándome que ya está cercana o, tal vez, que ya se ha producido y yo solo sea un recuerdo de mí mismo que se niega a desaparecer, aferrándose a simples ensoñaciones que me mantienen engañado en la ilusión de estar vivo.

No puedo, no consigo evitarlo, el sentimiento de la muerte próxima está siempre presente y si por casualidad consigo escapar de su influjo, situaciones tan aparentemente inocuas como la de estar desayunando en el cotidiano café mientras paso, indolente, las grandes hojas del diario, pueden devolverme a él con violencia. Así, esta mañana, ocupando poco más que una escueta media columna, aparentemente escondida entre noticias recuadradas y espacios de publicidad, ha aparecido en las páginas interiores de un conocido diario una pequeña reseña, sin firma, que habrá pasado desapercibida para la mayoría de los lectores. Decía así: “Los vecinos del portal 164 de la Rue de Verenne llevan tres días fuera de sus casas por el fuerte olor que quedó en el edificio cuando se llevaron el cadáver de un suicida. Mademoiselle Artaud, vecina de puerta del finado, describe con precisión el proceso: *Al principio olía a repollo cocido; luego, a pescado putrefacto y al poco se hizo nauseabundo,*

insoportable. El lunes los vecinos avisaron a la policía. Augusta Lecoecur, que vive dos pisos más abajo, entró con los agentes a media día, protegidos por unas máscaras. El cadáver de M.A., varón de 57 años, yacía en avanzado estado de descomposición encima de un colchón lleno de sangre. Llevaba más de diez días muerto debido a unos profundos cortes realizados en sus muñecas”.

“Los vecinos apenas conocían al suicida. Recuerdan que vivía solo, que era muy callado y que respondía al saludo con una tímida sonrisa. Lo único característico que de él recuerdan eran las cortas y esporádicas visitas que muchachos jóvenes y apariencia de emigrantes norteafricanos realizaban a su apartamento. No se le conocían amistades y, según fuentes policiales, nadie ha reclamado su cadáver almacenado en el depósito municipal”.

Temblando aún, transcribo la noticia como si de mi persona hablase, como si esas enigmáticas iniciales pudiesen transformarse en cualquier momento en otras muy familiares, las mías. Si la noticia se repite algún día con las iniciales cambiadas, me pregunto si el reportero escribirá también sobre las visitas, cortas y esporádicas, de jovencitos emigrantes a la casa del finado, de su soledad y de cómo aquel cuerpo, que fue un día como el de un dios adolescente, comienza a desintegrarse oliendo a repollo cocido. Solo eso, el olor nauseabundo, repugnante, del pescado podrido o el dulzón del repollo indicará al mundo que he desaparecido, que el Antinoo que un día ilusoriamente creí ser —y ser para siempre—, dejó de existir hace muchos, muchísimos años; que solo resta de él la putrefacción y la hediondez.

Pero no debo divagar, ni dejarme llevar por mis obsesiones presentes. Volvamos a los acontecimientos de aquel lejano verano, a los momentos felices de los primeros días. Como es fácil suponer coincidían en aquel hotel de Venecia bastantes muchachos, algunos de ellos de gran atractivo, entre los que cuento tanto a huéspedes como a empleados. Así, desde el principio llamó mi atención el joven encargado de preparar y recoger diariamente las hamacas y sillas de tijera en la playa, un chico alto y fibroso, sempiternamente cubierto por un gastado sombrero de paja; o Édouard, un muchachito francés de mi edad, pelo dorado y una musculatura impropia de sus pocos años, lo que provocaba la envidia adolescente del imberbe grupo multinacional que pronto formaríamos a diario en la playa; también Sazdhu, mi compatriota del que ya hablé. Pero de entre todos ellos destacó en mi interés Doménico, tal era el nombre del bello botones que se encargara de nuestro equipaje

el primer día, un joven de unos dieciocho años, fornido, no muy alto, de tez melosa y rizada cabellera negra. Aún recuerdo que lo más atrayente de él eran sus inmensos ojos oscuros y sus labios gruesos, rosados, permanentemente entreabiertos en una ligera sonrisa -como invitando a libar en ellos- que daba a su mirada una chispa de picardía única, dejando también entrever una fuerte y blanquísima hilera de dientes nacarados. Para mi desgracia el muchacho no hablaba ninguna lengua extranjera, más allá de cuatro frases hechas en francés, por lo que no podía intercambiar con él otra cosa que sonrisas. Aquella imposibilidad de comunicación, unida a una aparente indiferencia y a un trato educado pero distante, me provocó por primera vez la sensación —que no era otra cosa que un acuciante deseo- que luego siempre me producirían los jóvenes atractivos y aparentemente inalcanzables. Las noches calurosas en la soledad de mi habitación, empujado por mi Naturaleza, fueron testigo de ello.

Los días, aparentemente, eran mucho más inocentes. Gracias a Szdhu pronto me vi integrado en un grupo multinacional formado por cuatro o cinco muchachos venidos al disfrute de la costa adriática desde distintos puntos de la Europa fría. El francés se impuso pronto como lengua franca entre nosotros, los que nos permitía un nivel de comunicación aceptable, suficiente como para facilitar el juego y para que fluyese alguna que otra confianza juvenil. No obstante, el permanente control de mi madre, o en su ausencia el de la institutriz, impedía que pasase demasiado tiempo con ellos, dados los continuos requerimientos maternos para que me acercase a su lado con cualquier pretexto, ya fuese para secarme, para que tomase agua o limonada o para hacerme comer algún emparedado traído desde el hotel.

Aún no he hablado de ello, pero por aquel entonces ya había empezado a dar muestras de una temeridad muy cercana a la imprudencia, siempre espoleado por el don con el que la Naturaleza había tenido a bien dotarme, aunque aún no sabía que la catástrofe, y con ella muchas veces el obligado ostracismo, se escondía detrás de los más elementales errores de apreciación. Aquella temeridad acompañó siempre algunos de mis actos, dando sus primeras muestras muy temprano y continuando a lo largo de mi vida dilatada. Así, siempre que fui empujado por el deseo, desdeñé cualquier barrera, incluso la del peligro. Al

principio utilizando como coraza y protección mi apariencia cándida, luego a cuerpo descubierto.

Digo lo anterior porque a los pocos días, aclimatado ya a mi nuevo hábitat, con el calor y los baños relajando todas las disciplinas y excitando la libido, la casualidad me ofreció la oportunidad inesperada –que por ser tal, no dejé de aprovechar- de disfrutar de un fugaz encuentro con el responsable de alguna de las fantasías que mi mente había ido forjando en aquellas primeras noches calurosas alrededor de su figura aparentemente inasequible. Fue una temprana muestra de aquella inconsciencia tan propia, aquella temeridad, fomentada por un ardor adolescente que ni los fiascos lograron nunca hacer desaparecer.

Una mañana, con la hora de la comida aún lejana, después de un largo rato en la playa en el que jugué con Sadzhu, Édouard y otros jóvenes, bregando y revolcándonos en la arena, con la sensación de sus cuerpos cálidos rozando aún el mío, pedí permiso a mi madre para ausentarme con el argumento de satisfacer una imperiosa necesidad fisiológica. Abandoné los juegos y me dirigí hacia el interior del hotel. Próximo a la recepción existía un pasillo lateral que comunicaba con unos salones desiertos a aquellas horas, en cuya mitad se ubicaban los servicios destinados a los caballeros. A ellos me dirigí caminando casi de puntillas, intentando no manchar en exceso el limpio suelo de mármol con mis pies desnudos y llenos de arena. Entrado en el recinto no pude contener mi emoción al observar que en uno de los mingitorios estaba Doménico, el deseado botones, descargando su vejiga. Aunque yo había acudido allí con la intención de satisfacer otra necesidad de tipo mayor, no dudé en colocarme a orinar en el mingitorio existente justo al lado del que él ocupaba, aunque bien podría haberlo hecho en cualquier otro de los cuatro o cinco que formaban aquella línea de puestos pensados para que los caballeros pudiesen desahogarse. Pero no lo hice así, pues dejándome llevar por la atracción que aquel muchacho ejercía sobre mí y que espoleaba mi arrojo inconsciente, me situé en el más próximo al que ocupaba el apuesto joven.

El muchacho al verme llegar sonrió con una cierta candidez y un punto de incomodidad que consiguió que mi corazón latiese con más fuerza en cuanto lo miré a la cara. Pronunció un “buongiorno, signore” y continuó ocupado en su sonoro menester. Lógicamente, en situación tal y dado las exiguas separaciones que imponían las formas combadas de los mingitorios, no encontré barreras para mirar en dirección a lo que el muchacho sostenía en su mano derecha. Al mover mi cabeza en

aquella dirección, noté en él algo parecido a un respingo, pero continuó impasible, concentrando su mirada en la blanca pared de azulejos. Mas pronto fue fácil comprobar que su aparente impasibilidad era fingida, que su naturaleza joven tiraba de él, pues empecé a observar, silenciosamente excitado, que su miembro iniciaba una mudanza en su tamaño y volumen. Extasiado, con dificultades para creer lo que mis ojos veían, hecho un manejo de nervios, permanecí anhelante y temeroso ante el espectáculo que junto a mí se estaba empezando a dar. El miembro de Doménico continuó su despertar, desperezándose con bastante solicitud. Simultáneamente pude comprobar, con aprensión, que el chorro de orina que su miembro expelía empezaba a disminuir de potencia y volumen, lo que me llevó a suponer que estaba a punto de finalizar; aunque también podría ser –pienso ahora- porque la consistencia que a todas luces estaba tomando su pene, dificultase la evacuación.

Temeroso de que una vez concluyese su micción Doménico procediese a guardar el miembro en el interior de los bastos pantalones de paño negro, para salir a continuación corriendo de allí, avancé mi mano izquierda en su dirección. Tuve la sensación de que al ver mi gesto al muchacho empezó a dominarlo un ligero temblor, pero no hizo gesto alguno. Llegado a mi objetivo tomé con la mano aquel cuerpo ya duro. Al notar el contacto de mi mano pareció iniciar un gesto de rechazo, pero lo abortó antes de concluirlo. Nervioso, con la respiración agitada, giró varias veces la cabeza para cerciorarse de que no había nadie más en aquel lugar. Luego me dejó acariciarlo durante un rato, aunque era manifiesto su nerviosismo, su intranquilidad, su completa tensión. A los pocos minutos apartó mi mano y procedió a guardar su miembro abultado mientras susurraba algo así como “É molto pericoloso”. Yo le supliqué, con mirada anhelante:

-¡Per favore, per favore!

Me miró pareciendo dudar. Luego sonrió y en un susurro dijo:

-Vieni con me, trovare un altro posto -y volvió a insistir-. Questo è molto pericoloso.

Al recordar aquella primera aventura con el joven italiano, mirando también hacia atrás, hacia lo que fue mi vida, no puedo dejar de afirmar que aquel don del que me dotó la Naturaleza consiguió, con el tiempo, que fuese capaz de generar una moral propia, peculiar, en la que era cotidiano practicar, con denuedo, mucho de lo que las leyes y las llamadas buenas costumbres reprueban, una moral que me permitía tanto infringir normas como regocijarme con casi todo lo que pudiese escandalizar a la mayoría de los bienpensantes. Ya desde mi temprana pubertad estaban colocadas las primeras piedras que formarían la base de mi singular moral futura. Observándolo con perspectiva, creo que busqué la autorrealización persiguiendo ser, en ciertos aspectos de mi vida y a pesar de mi extracción social, un marginado. De ese modo, inconscientemente, rechacé un mundo hipócrita que me rechazaba por mi condición sexual. Por todo ello y espoleado por mi don, por mi gracia natural, jamás sentí remordimientos por seducir, incluso con engaños, a cualquier joven o menos joven. Nunca tuve problemas para aceptar mi propia sexualidad, ni tampoco libré las luchas internas propias de los que sufren confusión en sus sentimientos, aquellos en los que su instinto corre en dirección contraria a su conciencia. No reparé, nunca, en tomar el placer allí donde se me brindaba; tampoco, cuando fue necesario, utilizar el dinero o el engaño; y en todas las circunstancias lo hice sin que ningún tipo de prejuicio viniese a distraer mis intereses. La única arma que nunca utilicé, la única barrera que no traspasé, fue la de la violencia.

Mas dejémosnos de disquisiciones filosóficas y regresemos al relato de los hechos que deseo compartir. Como es fácil imaginar, situa-

ciones como aquella en la que derivó mi encuentro en los mingitorios con el botones, se reprodujeron con Doménico, aunque con irregular frecuencia, a partir de aquel día. Desde la primera ocasión pude comprobar que el botones, a pesar de ser uno o dos años mayor que yo, no era aún un joven ducho en aquellas artes. Pero su falta de experiencia no constituyó un problema, pues en nuestros encuentros siempre fui yo el diligente maestro, el dirigente, dado que, a pesar de mi corta edad, había tenido ocasiones para acumular sabiduría desde que a los doce años, recién ingresado en el internado de Zamosc, una noche dejase acariciar mi cuerpo infantil por las manos experimentadas de mi tutor.

He pensado muchas veces si antes del primer encuentro sexual con aquel educador —un pobre cura, aún joven, pelirrojo, de cara cuadrada cual hogaza de pan, entrado en carnes, que terminó por demostrarse como un ser pusilánime y atormentado—, yo ya tenía indicios que me hacían presagiar que mi fogosa sexualidad avanzaría por caminos no convencionales; o si fue el resultado de estas precoces experiencias en el internado lo que me abocó por esta vía, por la vía de los muchachos, mis iguales. No lo sé, pues momentos tan alejados de la historia de mi vida se pierden hoy en la oscuridad de mi memoria. Creo, no obstante, que dada la pulsión que desde niño me movía, unida a la intuición que siempre demostré para adivinar los puntos sexualmente más vulnerables de mis compañeros de juegos eróticos —a la temprana edad de doce años descubrí por mí mismo, ante la mirada escandalizada pero maliciosa de mi tutor, lo placentero que resultaba para ambos el que yo tomase su glande hinchado con mi boca infantil, mientras mi lengua pugnaba por introducir su punta en el exiguo orificio del meato—, lo que en realidad mi tutor hizo no fue otra cosa que abrirme la puerta por la que mi naturaleza había decidido entrar.

La paradoja que conmigo se daba hizo que me preguntase, a lo largo de los años, cómo fue posible que durante toda la adolescencia nadie de mi entorno sospechase de la pasión sexual que se agazapaba tras mi aspecto candoroso. Soy consciente de que mi propia apariencia física constituyó la barrera, pues fue aquel aire de niño enfermizo, casi tierno, inmaduro, que me envolvió siempre, el que evitó que pudiesen asociarme comportamiento o hábito pecaminoso o fuera de norma. Este camuflaje de mi auténtica naturaleza fue otro don, pues nadie ajeno a mi interés vio nunca en mí otra cosa que no fuese un cándido muchacho, como quedó demostrado aquel día en que, poco tiempo después, la policía me sorprendió en unos urinarios públicos de Craco-

via mientras acariciaba a un atractivo y joven campesino, venido aquel día a la ciudad para vender sus hortalizas, y que fue a quien se llevaron detenido. Pero aquello fue otra historia, y no debo perder el hilo de la principal de mi relato.

Así pues, encontré aquel verano, desde su principio, un buen compañero de juegos inconfesables en el bello Doménico, aunque no resultaron ser aquellas unas relaciones cómodas, como luego comentaré.

Llevábamos poco más de una semana en el lugar, cuando mi madre decidió que había llegado el momento de visitar el corazón de Venecia, la mítica ciudad que hasta entonces solamente habíamos tenido oportunidad de intuir el día de nuestra llegada y en otra ocasión en la que, atravesando la estrecha lengua de tierra que forma el Lido, la pudimos observar desde el embarcadero de los *vaporettos*, a través de la corta distancia que separa a ambas islas. En esa ocasión, Mademoiselle Lorrain, guía de viajes en mano, nos informó de que la ciudad estaba formada por 120 islas entrelazadas por 170 canales, sobre los que se podían cruzar por cerca de 400 puentes. Luego identificó y puso nombre a los bellos edificios cuyas siluetas veíamos a lo lejos: la Catedral de San Marcos con su enhiesto *campanile*, las espigadas columnas de granito (una con el león alado de San Marcos y la otra dedicada a San Teodoro montado sobre un cocodrilo, aseguró), el Palacio Ducal, Santa Maria della Salute, San Giorgio Maggiore...

Así pues, una mañana, tras el desayuno, vestidos apropiadamente para el paseo –mi madre y la institutriz tocadas son sus amplios sombreros y parapetadas bajos elegantes sombrillas blancas cuajadas de lazos y encajes a los que alguna suave brisa hacia bailar de vez en cuando-, tomamos el *vaporetto* para descender en la magnífica Plaza de San Marcos. Empezó allí un día que fue, todo él, un deambular agotador, en el que tras visitar el Palacio Ducal y la Catedral, seguimos el serpenteante Gran Canal –a veces caminando, en otras ocasiones tomando alguno de los muchos *vaporettos* para recorrer ciertos trechos- hasta llegar al Puente de Rialto, pasando previamente por el palacio Grassi, el Ca’ Pesaro, el Delfin Manin o el extraordinario capricho gótico-renacentista del palacio Ca’ d’Oro. La ciudad resultaba impresionante, con todos aquellos magníficos edificios –algunos con grave riesgo de hundimiento y muchos, la mayoría, faltos de un evidente mantenimiento-, entrelazados por un dédalo de canales atravesados aquí y allá por multitud de puentes y puentecillos de diversos tamaños y factura. El agua de la laguna en

algunas zonas desprendía olores desagradables, de putrefacción, y en muchos rincones se acumulaba la basura. No parecían ser los italianos un pueblo en exceso cuidadoso con los tesoros de su patrimonio. No obstante, a pesar de aquellos detalles, por encima de todo ello prevalecía la belleza incuestionable de la ciudad que aún en la decadencia del momento, nos mostraba las maravillas arquitectónicas, en forma de palacios, palacetes, iglesias, puentes, fuentes, delicadísimos balcones de mármol o museos, que había ido acumulando a lo largo de su historia, desde que fuera una de las potencias marítimas más importantes del Mediterráneo. Tras una frugal comida, ya a deshoras, visitamos la Gallerie dell'Accademia donde yo, debo reconocerlo, terminé aburriéndome entre tanta pintura sublime. Finalizamos el día, ya cansados, deambulando por alguna de las calles y canales menores, aquellos alejados del Gran Canal y que fueron los que, por su encanto recoleto, los que más atractivos me parecieron. Volvimos al hotel en un *vaporetto* repleto de viajeros que regresaban a sus hoteles situados en el Lido, con el tiempo justo para prepararse adecuadamente antes de bajar al restaurante.

Al día siguiente volvimos a la dulce rutina: el despertar no muy temprano, el desayuno, la hora de tomar los baños, con los chapuzones y los juegos compartidos con los otros muchachos, el ligero refrigerio, la siesta –por imposición materna-, la vuelta a la arena y al agua hasta las cinco de la tarde, cuando retornábamos por última vez al hotel para vestirnos adecuadamente antes del formalísimo acto de la cena. Finalizada esta, en algunas ocasiones permanecíamos la familia sentada en la terraza del hotel, o en uno de sus salones, escuchando la música de algún grupo musical que habitualmente amenizaba aquellos momentos. Para finalizar, vuelta a la habitación tras la jornada concluida. Esa era, al menos en teoría, la agenda de cualquiera de aquellos días.

Mas, como ya he sugerido, mi agenda personal cubría algunos otros hitos, de los cuales el principal, el más procurado por mí, era el de los encuentros fugaces con el botones Doménico; aunque, para mi frustración, este se mostraba frecuentemente renuente, temeroso, por lo que rechazaba mis ofrecimientos. Yo, normalmente pretextando necesidades fisiológicas inaplazables, me ausentaba del grupo familiar para buscar al muchacho por las dependencias del hotel. Según la hora del día llegué a hacerme una idea bastante precisa del lugar donde podía encontrarse. Al localizarlo –sin acercarme a él, cosa que me había prohibido con vehemencia-, lo miraba en la distancia. En ocasiones, al descubrirme, él me hacía un gesto disimulado indicándome que lo si-

guiese. Normalmente, sin que yo entendiese bien el porqué, rechazaba acompañarme a mi habitación, pues prefería que nos encontrásemos en otros lugares. Así, asegurándose de que nadie nos observaba, me conducía a los sitios más impensables, como podía ser el interior de un armario lleno de ropa de cama limpia preparada para ser usada, el almacén donde guardaban las hamacas durante la noche, alguna habitación vacía, la bodega –entre botellas somnolientas y telarañas- o, incluso, en la pequeña capilla. Él parecía saber en cada momento cuál era el lugar adecuado, cuál era aquel en el que el riesgo sería menor. Llegados al refugio elegido todo se resolvía en unos pocos minutos, en un entreabrir y cerrar de botones. Él, una vez satisfechos, se preocupaba siempre de borrar las huellas que habitualmente quedaban en el suelo.

Pero para mi pesar, no siempre era así. En realidad aquellos encuentros solo se producían en contadas ocasiones. Habitualmente, al verme en la distancia observándolo, llamándolo en silencio, se limitaba a hacerme gestos negativos, con cierta vehemencia contenida. Yo, entonces, volvía cabizbajo a la playa.

Decidido a buscar una alternativa al timorato y bello botones, estuve estudiando a Sazdhu, el joven polaco, durante algunos días. Desde un principio había llamado mi atención su proclividad al contacto físico, al abrazo, al roce; también aquel hábito suyo de poner siempre su brazo sobre mis hombros al caminar juntos, como estrechándome. Estas observaciones, aun sin ser concluyentes, unidas al hecho de que era un muchacho atractivo, moreno, de rasgos armoniosos, aunque no bello, me hizo concebir la idea de que tal vez pudiese llegar a ser un compañero de juegos más receptivo que el botones. Por ello, dediqué alguno de mis ratos sin sueño sobre la cama de mi habitación a pensar en cómo podría abordarlo.